

PASIVIDAD EN LAS POLITICAS ECONOMICAS

David Ibarra
18 de febrero de 2005

México ha enderezado su estrategia sociopolítica en consonancia con las exigencias del nuevo orden internacional encapsuladas en los postulados del Consenso de Washington. En la década de los noventa se impulsaron la apertura externa y los procesos de privatización-desregulación, se celebró el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y convenios semejantes con muchos otros países y grupos de países, se independizó al Banco Central y se completó la reforma modernizadora del sistema y de las instituciones electorales, hasta abrir paso a la alternancia en el Poder Ejecutivo. El proteccionismo y el presidencialismo hegemónico son cosas del pasado, hoy rige el libre cambio y una división real de poderes.

Con clara ruptura con la historia anterior, el país ha ganado en libertades políticas, finanzas equilibradas y estabilidad macroeconómica de precios, facilitando las transacciones internacionales y multiplicando los atractivos a la inversión extranjera directa. El ascenso vertical del comercio exportador, principalmente de la maquila, mantuvo tasas elevadas de crecimiento en la década que va de 1993 a 2003 (12% por año) y en esa misma década se recibió inversión extranjera sustantiva (12 mil millones de dólares también por año).

Sin embargo, aún reconociendo la baja cíclica entre 2001 y 2003, el crecimiento de la economía mexicana ha sido insatisfactorio y aún más la generación de empleos. De tomarse el período 1982-2004, el producto ha crecido apenas a razón del 2.4% y el ingreso per cápita a 0.6% anual, frente al 6.5% y el 3.2%, respectivamente entre 1940 y 1981. Si el período de referencia se traslada a partir de 1990, el acrecentamiento del producto mejora, pero sigue siendo precario, resulta del 2.9% y el del ingreso per cápita del 1.2%.

De su lado, el empleo viene subiendo poco y desplazándose hacia el sector informal y de los servicios. Entre 1982 y 2002 la ocupación remunerada en las manufacturas no pudo absorber mano de obra de las actividades de menor productividad, expandiéndose por debajo del ritmo natural de crecimiento de la fuerza de trabajo; el empleo agrícola apenas asciende al 0.5% anual, mientras el comercio y otros servicios ganan participación. El impacto mayor de los desplazamientos ocupacionales los absorbe el sector informal --y en menor escala la emigración-- que, según datos oficiales, ya representa alrededor del 27% del empleo. En rigor, esa cifra pudiera ser mayor ya que la población trabajadora asalariada carente de prestaciones sociales suma más del 60% del total. De la misma manera, los desocupados y los trabajadores con ocupación parcial sumaban casi el 8% de la fuerza de trabajo y los empleados de establecimientos pequeños (de 1 a 5 personas) sumaron más del 45% de la ocupación a fines de 2004. El mercado y las instituciones laborales se precarizan, proliferan el empleo sin contrato, el trabajo temporal y de horario parcial, la subcontratación, la contratación por honorarios, la firma en blanco de renunciaciones y otras prácticas semejantes que invalidan en los hechos la vigencia del estado de derecho y acentúan la debacle de las instituciones de seguridad social.

Sean cuales sean los años que se tomen como referencia, el resultado es semejante: la economía nacional ha perdido la capacidad tanto de absorber el crecimiento de la fuerza de trabajo, mejorar el bienestar del grueso de la población como cerrar la brecha que nos separa del Primer Mundo y conservar posiciones entre los países emergentes.

El auge exportador ha tenido como contrapartida un fenómeno similar del lado de las importaciones. La estructura productiva nacional se ha debilitado en sus encadenamientos internos y se ha hecho altamente dependiente de insumos y

bienes de capital foráneos. Hay industrias que casi han desaparecido o se han reducido sustancialmente, como las productoras de bienes de capital, fertilizantes, productos metálicos, madera, textiles, juguetes, etc.. Por eso, la estrategia de crecimiento hacia fuera en vez de corregir, acentúa el estrangulamiento externo, como grave impedimento al desarrollo. Entre 2001 y 2004, México tuvo un déficit comercial acumulado de 31 mil millones de dólares, que contrasta desfavorablemente con el superávit latinoamericano de 125 mil millones en el mismo lapso. La maquila y otros de los segmentos exportadores nuevos, se han constituido en enclaves de una prosperidad que no se trasmite al resto del aparato productivo. Más aún, el enorme superávit en las transacciones comerciales con los Estados Unidos (40-45 mil millones de dólares que no durarán eternamente), se disipa en los déficit aún mayores con el resto del mundo. Del mismo modo, el lento crecimiento de la economía se traduce en bajas recaudaciones impositivas que obligan a comprimir el gasto público, a multiplicar la dependencia de los ingresos petroleros.

En consecuencia, el equilibrio en las finanzas públicas --hecho positivo ante las enormes cifras deficitarias alcanzadas en la década de los ochenta con máximos del 16%-17% del producto--, se viene alcanzando, restringiendo acaso, más de la cuenta la inversión pública y el gasto social con efectos deprimentes de largo plazo en la productividad al crearse insuficiencias dinámicas en la formación de capital humano y en infraestructura física.

La parte del producto dedicada a la inversión en México viene fluctuando entre el 19% y el 20% que suele quedar abajo de los promedios mundiales (23%-24%) y ser muy inferior a la de los países asiáticos en desarrollo (27%-34%). Estos últimos junto a economías en rápida expansión se han convertido en exportadores de capitales, en inversionistas mundiales, ya que sus ahorros

suelen exceder a sus elevadas inversiones. Por razones obvias, en materia del ahorro se alcanzan los mismos porcentajes que de la inversión, siendo el de origen interno algo menor por el aporte de fondos del exterior. La contribución máxima de esta última fuente de recursos se dio en el período 1989-1994, cuando alcanzó el 22% de la inversión para luego descender, entre 2001 y 2004, al 9%. En parte, el ahorro forzoso de los trabajadores en las Afores, se ha convertido en un mecanismo estabilizador y de apoyo al mercado nacional de capitales.

El lento proceso de la formación nacional de inversiones tiene consecuencias en la expansión del mercado interno, la productividad y el bienestar ciudadano, dando origen a círculos viciosos que nos colocan paulatinamente entre los países que más se van rezagando en el mundo. En 2003, el ingreso por habitante de México equivalía a menos de la cuarta parte del estadounidense y a poco más del 35% del promedio de los miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). En la década de los noventa el acrecentamiento del ingreso per cápita de los mexicanos apenas ascendió al 1.5% anual, frente al doble o más de Corea, Irlanda, China o Portugal e inferior al promedio de los países del Primer Mundo.

La evolución de la productividad ha sido desalentadora, poco dinámica. La abundancia de mano de obra no calificada, expulsada del sector agrícola y de otras actividades, acentúa la insuficiencia de la generación de puestos de trabajo en los sectores modernos de la economía y los flujos migratorios. Las encuestas de empleo arrojan una disminución de la ocupación agrícola entre 1991 y 2004 de 1.4 millones de personas que, de tomarse en cuenta el crecimiento demográfico, arrojaría conservadoramente una cifra de expulsión total de tres millones de trabajadores. Los cambios en la ubicación de la fuerza de trabajo más que ir --como antes-- de las actividades de baja a las de alta productividad, se desplaza

horizontalmente entre sectores marginados, como lo atestigua el crecimiento explosivo del sector de informales.

En un mundo donde la eficiencia productiva e informática da pasos agigantados, México es un caso anómalo. Entre 1993 y 2003, la productividad del trabajo (valor agregado por ocupado) derivada de las encuestas nacionales de empleo, sobre las actividades no agrícolas, no ha crecido, se ha mantenido por debajo de las cifras de ese primer año. Ello es reflejo de la concentración del nuevo empleo en actividades de baja productividad, de esfuerzos notoriamente reducidos en la capacitación de la mano de obra, así como del desmantelamiento de empresas medianas y pequeñas incapaces de resistir la competencia de mercados abiertos, en ausencia de programas estatales de reconversión productiva.

Tal situación se refleja en el modo de inserción del país en las redes transnacionales de producción. Predomina la especialización en operaciones simples de ensamblaje de bajo valor agregado, de tecnología simple que nos coloca en una doble desventaja competitiva. Frente a los países de mano de obra muy barata y frente a las economías en los sectores de punta de la economía mundial. Por lo demás, la maquila, siendo el segmento más prometedor del comercio exterior, poco contribuye al financiamiento del erario público por gozar de un régimen tributario privilegiado.

Esos dilemas de la transición mexicana hacia los mercados globalizados en vez de elevar el potencial del crecimiento asequible parecen reducirlo. En vez del 6%-7% de expansión histórica --1940-1982--, hoy, el crecimiento encontraría dificultades para ascender sostenidamente más allá del 4% por cuanto los déficit de pagos externos se tornarían casi inmanejables y las tensiones sobre las

capacidades productivas, el presupuesto posiblemente atentarían contra la preciada estabilidad de precios. En tales condiciones, crecer rápido no es ni será una meta susceptible de satisfacerse pronto y sin dificultades. Habrá que comprometer esfuerzos sistemáticos en muchos terrenos. Baste mencionar dos, en el fomento exportador escogiendo *ex profeso* renglones más dinámicos, de mayor contenido tecnológico y, en lo interno, en reconstruir los nexos interindustriales a fin de vincular orgánicamente a las propias actividades exportadoras con el resto de la economía y atenuar la marcada dependencia presente de las fluctuaciones cíclicas y los contagios mundiales.